

Nunca ceden la palma de más bellas:
Esta es la causa, al fin, de mis querellas.
Así no pienses disfrutar serena
De esa rosa, ni dar con ella pena;
Que para unos ultrajes tan villanos
Tengo yo atrevimiento, tengo manos.
Dijo; y haciendo, con furor se arroja
Sobre la hermosa flor, se la arrebata;
Con el golpe terrible la maltrata,
La rompe, la marchita, la deshoja.
Como los copos densos de la nieve
Cubren los montes en el Norte helado,
Así las hojas, al porrazo alevé,
Descienden y entapizan el estrado.

Mas ¡oh caso estupendo y espantoso!
Todas las rosas con que el sexo hermoso
Adornaba su pecho rozagante,
Cayeron destrozadas al instante
Que la rosa de Tírsa fué abatida.
Con esta general triste caída
El salón y tertulia conmovióse;
Pero en ninguna vióse
Más señas de furor, más arrebató
Que en Tírsa desgraciada;
Estuvo grande rato

A su intenso dolor abandonada.
La vana Presunción, que vió cumplidos
Los decretos del padre soberano,
Deshecha ya la rosa, y aturdidos
A todos los guerreros y guerreras,
Tomando á la Venganza de la mano,
«Vámonos, dice, vámonos ligeras;
Dejemos descansar, pues es preciso,
Los corazones tú, yo las molleras.»
Sigue su sabio aviso
La furibunda diosa;
Parten, y calma la inquietud rabiosa.
Vuelve Tírsa por fin; se irrita, llama
A su socorro á la Venganza horrenda;
Mas ésta ya se huyó, y en vano clama;
No hay nadie que la ayude ni la atienda.
Mas entonces Otondo, compelido
De la graciosa paz (que al ronco ruido
De la empezada guerra
Abandonó el extremo de la tierra,
En donde se encontraba desterrada),
Púsose en medio de la lid trabada,
Y para sosegar sus corazonas
Les dijo estas dulcísimas razones:
«¡Oh gratias mujeres, destinadas
Para inspirar dulzura al sér humano,
Cuán erradas vivís, qué equivocadas,
Si pensáis que un adorno endeble y vano
Os da realce para ser amadas!
Y ¡qué dolor tan grande, que, al tirano
Imperio de la moda sometidas,
Gasteis en ella las preciosas vidas!
Nosotros aplaudimos, lisonjeros,
Un peinado con gusto concebido,
La gracia de las cintas y plumeros
Y el primoroso corte de un vestido;
Mas, justos en los juicios, y severos,
No es jamás nuestro voto concedido
Sino á la más hermosa, más galana,
Aunque se muestre envuelta en toca lana.
Y á veces en extremo nos agrada
Encontrar en el bosque ó la maleza
Una flor olorosa y agraciada,
Porque excede infinito su belleza
A la que en un jardín, como forzada
Nos suele producir naturaleza,
Que, á pesar de los gastos y cuidados,
Son sus engendros siempre desmedrados.
Si, penetradas de verdad tan pura,
Pusiérais cuidadosos nuestro esmero
En asuntos más nobles, de más dura,
Vuestro triunfo sería verdadero,
Y al punto detestada la locura
De hacer por un objeto tan ligero
Una guerra tan fuerte y horrorosa;
Pues ¡qué vale un adorno! ¡Qué una rosa!
¡Oh triste condicion de los mortales,

Que por nada se agitan, que una avena
Los enciende en las guerras más fatales,
Y el orbe todo con su furia truenal
Y andando el hombre siempre tras los males,
Nunca en pos de la dicha se enajena;
De aquella dicha que la paz infunde
Y nunca con el vicio se confunde.
Mas dejemos al mundo que prosiga
Con sus vueltas cual loco desatado,
Y pongamos ya fin á la fatiga
Que sin razon la rosa os ha causado.
Ambas podeis, con amistosa liga,
Obtener de lo hermoso el principado,
Y unidas vuestras fuerzas poderosas,
Quedar en todo evento victoriosas.
La causa de la guerra, aniquilada
Está por permision del justo cielo;
No existiendo las rosas, excusada
Es ya toda contienda, todo anhelo.
Esta asamblea os pide arrodillada
Que la volvais al punto su consuelo;
Pues su mayor contento consistia
En vuestra antigua risa y alegría.»

Dijo; y postrados á sus piés ya todos
Las palabras confirman
Del grande Otondo por diversos modos,
Y en sus ruegos se afirman.
Una y otra guerrera
Sus esplendentes ojos rodearon,
Y á una vista tan dulce y lisonjera
Inmóviles quedaron;
Mas luego mutuamente se arrojaron
Con ímpetu á sus cuellos, derramando
Un torrente de lágrimas preciosas,
Con ellas demostrando
Aquellas sensaciones deliciosas
Que tiene una alma noble, arrepentida
De una accion no debida.
Estuvieron un rato así abrazadas,
Perdiendo con el gusto los sentidos;
Resonaba el salón con las palmadas,
Con los vivas y aplausos repetidos,
Y todo lo que un tiempo imprimió susto
Daba entonces placer, causaba gusto.
¡Oh vosotros, amantes!
Si tenéis todavía en la memoria
Los felices instantes
Bañados de placer, llenos de gloria,
En que, despues de tiempo de enfadados,
Volvisteis otra vez, reconciliados,
A los brazos hermosos
Que os causaban deliquios deliciosos,
Conoceréis la fuerza del contento
Que sintieron las dos en el momento
De arrojar de sus nobles corazonas
Las pasadas injustas sinrazones,
Excediendo su heroico vencimiento
A todas las acciones
De Alejandro, de César y de enantos
Sólo causaron con su espada llantos.

POESÍAS ASIÁTICAS.

..... *Carmina non prius*
Audita.....
Virginibus puerisque canto.
HORATIUS.

ADVERTENCIA.

Siéndome forzoso, para otra obra que estaba trabando, el consultar los usos y costumbres de los orientales, encontré en mi camino estas flores de la poesía asiática, las que he ido recogiendo para formar un ramo y presentarle á los amigos de las Musas. En este mi trabajo he procurado mostrarlas cuales son, de suerte

que, aunque en diverso traje, no las desconozcan sus paisanos, pues conservan su tono nacional y sus maneras. En ninguna de las traducciones se echará de ver mejor que en las *gacelas* ó odas de Hafiz, en las que, en casi todas las que la tienen, he retenido la repeticion de la palabra. Verdad es que esto sólo se puede hacer en castellano, en donde los romances de todos metros facilitan estas repeticiones, que entre nosotros es una gracia y en las demas lenguas europeas una dificultad casi invencible á causa de la precision de la rima. Al principio hice mis traducciones en verso suelto, porque para mí es el más generoso, segun la expresion de Argensola, y porque en él se pueden trasladar todas las bellezas del original sin alterarlas en lo más mínimo. Sin embargo, para contentar á los que miran con ceño esta metrificación, he hecho con rima ó con asonantes las posteriores; pero no he podido menos de dejar como estaban las primeras. Me prometí que los amantes de la verdadera poesia distinguirán estas composiciones llenas de fuego é imágenes pintorescas, de las insulsas filosóficas prosas rimadas que nos han venido de algun tiempo acá de allende de los Pirineos, vendiéndonolas como buena mercancía. Los genios españoles, que tanto han brillado por su fecunda y hermosa imaginacion, deben abandonar esas gálicas frialdades, y no desdafiarse de leer los poetas del Oriente, en quienes todo es calor y entusiasmo, y entre los cuales sueñan con honor algunos hispanos, cuyas obras yacen sepultadas en el Escorial.

EL CONDE DE NOROÑA.

Á MI ESPOSA.

Mitad del alma mía,
Ahora que la guerra,
Con sus gritos, de Europa
A los cisnes ahuyenta,
Ven conmigo á los campos
De la Arabia y la Persia
A escuchar de sus musas
Las gratas cantinelas.
Son como tú sencillas,
Son como tú halagüeñas,
Y están, como tu pecho,
De dulce fuego llenas.
Y no porque se expliquen
En otro idioma, temas
Que sus nativas gracias
Su colorido pierdan;
Las musas orientales
Son tu imagen perfecta;
Tú con cualquiera traje
Pareces siempre bella.
En tu precioso seno
Acógelas risueña,
Como el olmo recibe
La desmedrada yedra;
Para que se desplieguen
Con tu arrimo, florezcan,
Y de amenos vergeles
Pomposo adorno sean.

POESÍAS ÁRABES.

AL DESIERTO DE MITATA,
POR LEBID BEN RABIAT AL AMARI (1).
Ya Mitata no existe: derrocadas
Sus casas, templos y su muro hermoso,

(1) *Lebid* es uno de los siete poetas, pléyade antigua de Arabia, que escribieron los idilios llamados *Moallacat*. Llamábanse los otros seis: *Amrakéis*, *Tharrafah*, *Zohcir*, *Antarah*, *Amri*, *Hareth*. (Estas notas y las siguientes de estas *Poesías asiáticas* son del mismo NOROÑA.)

Sólo ruinas se ven, piedras gastadas,
Y un desierto extendido y pavoroso.
Los cauces del Riana, ya cegados,
Ningun vestigio de su forma ofrecen;
Como en piedra caracteres grabados,
Que al rigor de la edad desaparecen.

¡Cuántos años corrieron desde el día
Que tus lindas muchachas recatadas
Admitieron gustosas la fe mia
Y fueron sus promesas aceptadas!
¡Cuántas veces rocío regalado
Primavera vertió sobre tu frente!
¡Y cuántas el tonante cielo el Prado
Pulsó (2) con grueso rápido torrente,
Lanzando de las nubes tenebrosas
De la tarde, la noche y la mañana,
Repitiendo en las rocas cavernosas
Su voz el trueno con porfía insana!

Sobre el ántes lozano verde suelo
Las ramas de la ortiga agora ondean,
Y en la margen del río, sin recelo
El avestruz y antilope vaguean.

La gacela, de grandes ojos, mora
Aquí con sus hijuelos, les demuestra
El uso de su planta voladora,
Y en su anchuroso campo los adiestra.

A veces la corriente procelosa
Edificios descubre destruidos,
Como la pluma en mano artificiosa
Escritos restituye ya perdidos.

Ó cual diestro punzon (3), que derramando
El glasto por las manos delicadas,
Con finisimas fintas va marcando
En la nieve las venas azuladas.

Me paro á preguntar: ¡oh, cuán ociosas
Son todas mis palabras y cuestiones!
No hay peñas que me escuchen amorosas,
Y el viento desvanece mis razones.

Piso su campo abierto y espaciado,
Como ántes, cuando toda mi alegría
En él estaba, y ¡ay! renuevo ansioso
Aquel amargo desgraciado día.

En que ellas al primer albor partieron,
Y en que las de su tribu presurosas
En sus fuertes camellos las siguieron
Cubiertas de sombrillas envidiosas (4).

Y veo del baston pender en torno
Espesos redoblados velamentos,
De variado color, con rico adorno,
Siempre agitados por lascivos vientos.

La suelta cabra del riscoso *Tuda*
Con ojo atento las observa y mira;
La antilope del *Veyra*, absorta y muda,
Sus dulces gracias y belleza admira.

Sus huellas sigo yo por los senos
Tornos que forman los cortados ríos,
Y vapores espesos (5) vagarosos
Las arrebatan de los ojos míos.

Cuanto memoria á mi constante pecho
Renueva del *Novara*, ya ha pasado;
Mas todavía no, no se han deshecho
Los lazos firmes con que estuve atado.

(2) El verbo *pulsar* está usado aquí en la acepcion de *sacudir* ó *golpear*. (Nota del Colector.)

(3) Ó cual diestro punzon. Tienen las mujeres árabes la costumbre de hacer unas picaduras ligerísimas sobre las venas de las manos y brazos, y frotar sobre las incisiones un polvo azul, extraído de la hierba llamada *glasto*, para darles una apariencia más brillante, las que renuevan luego que empiezan á borrarse.

(4) *Sombrillas envidiosas*. Las mujeres en el Oriente, cuando viajan en sus camellos, llevan unos grandes quitasoles, de los que penden en derredor estofas de algodón de varios colores, con las que ocultan el rostro y todo el cuerpo, como se descubre en la estacion siguiente.

(5) *Vapores espesos*. El vapor de que se habla aquí se llama *serab* por los árabes; es casi lo mismo (y probablemente procede de una causa semejante) que aquellas neblinas que á veces se levantan sobre la superficie de un río, una tarde de verano, despues de un día caluroso. Son muy frecuentes en las llanuras ardientes de la Arabia; y cuando se ven á cierta distancia parecen un anchuroso lago; pero segun se va acercando el sediento caminante, percibe su engaño. En la poesia árabe el *serab* es el emblema común de una esperanza frustrada.

AL SEPULCRO DE MAÁN,
POR HASSAN AL ASSADY.

Acercaos á do Maán reposa,
Amigos, y decid de esta manera:
« La nube matinal sus dulces riegos
Derrame sobre tan augusta huesa.
» Oh tumba de Maán! tú eres, de todas
Cuantas hay en el mundo, la primera
Que ha sido destinada para lecho
De la alma angelical beneficencia.
» Oh tumba de Maán! cómo ocultaste
La liberalidad del que con ella
Hinchó los anchos mares otro tiempo
Y ocupó los confines de la tierra?
» Esta dulce virtud, cierto, en tí cupo;
Mas ¿de qué suerte? Sin aliento, muerta;
Porque, á estar viva, en torno tú estallaras,
Hecha pedazos mil, de puro opresa.
» Este jóven, por su alma generosa
Logra despues de muerto vida nueva,
Cual prado que, despues de la avenida,
Con naciente verdura se hermosea.
» Pero muerto Maán, murió igualmente
La generosidad más halagüeña;
Y su eminente cima derrocada,
Cayó en el polvo con horror deshecha. »

AL SEPULCRO DE ZAYDE,
POR ABD AL MALEK AL HARITHI (1).

¡Felices los que yacen en la tumba!
¡Oh cuánta envidia de su suerte tengo,
Pues con Zayde dividen las tinieblas
Que giran en los tristes cementerios!
Perdille cuando en torno me cercaron
Con rabia ardiente mis contrarios fieros,
Siendo la firme y única esperanza
Que á mi fiel corazon prestaba aliento.
Quedéme como aquel que, desarmado
Por el impulso del veloz acero,
Siente que el brazo vengador redobla
Sobre él los golpes con ardiente anhelo.
Visito su mansion, y hasta la hartura
Del pesar más amargo me alimento,
Y de una angustia tan crüel é insana,
Que me devora con ardor el pecho.
» Conmigo vuelve mi anhelo continuo,
Arraigado en el alma, y, con el riego
De mis acerbas lágrimas y el aire
De mis ayes ardientes, toma aumento.
Todo con Zayde fué; nada ha quedado
En derredor de sí, sino el recuerdo
De sus cuantiosos liberales dones
Y sus heróicos virtuosos hechos.
Mudo silencio en su sepulcro reina;
Mas parece que en él repite el eco:
« ¡Qué elocente orador! Callando excede
Al más sublime cultivado ingenio. »

LOS VERDADEROS PLACERES.

Vino y festín sabroso (2),
Y el dulce retozar de la camella,
Que firme el suelo huella (3),
A la que el amo ansioso
Recuesta en lo interior del bosque umbroso;
Muchachas agraciadas,
Que en torno nos rodean, con vestidos
De oro y seda tejidos,
Y las frentes veladas,
Cual ebúrneas estatuas delicadas;
Abundancia y sosiego
Y el ¡ay! suave de la cuerda herida

(1) *Abd Al Malek* era natural de la Arabia Feliz.

(2) Esta composición, tomada del libro *Hamasa*, colección miscelánea de poesías ya antiguas, hecha en el segundo siglo de la Hégira, no cede á las celebradas de los griegos y latinos.

(3) La camella, que firme el suelo huella, es aquí la jóven adulta y entregada ya al amor.

Hacen feliz la vida;
Y el hombre sigue ciego
De la fortuna el inconstante juego.
El caso adverso y fuerte,
Y la dicha apacible y la riqueza,
Y la amarga pobreza,
Tienen la misma suerte;
Que cuanto vive está sujeto á muerte.

A LA MUERTE DE SU DAMA,
POR ABU SAHET AL HEDHILY.

Si despues de la muerte, todavía
Se encuentran vuestras voces dolorosas,
Y bajo las heladas duras losas,
Abrasa al pecho el fuego que solía,
Prosigue el eco de la angustia mía;
Y las verdes colinas, que envidiosas
Dividen vuestras tumbas silenciosas,
Le aumenten y repitan á porfía;
Para que sea al punto conducido
A Leyla en alas del piadoso viento,
Hiriendo con amor su tierno oído.
Así tendré al morir este contento,
Que aunque me halle ya á polvo reducido,
Se goce Leyla con mi triste acento.

A LA BATALLA DE SEHBAL,
POR JAAFER BEN ABLA (4).

¡Ah valle de Sehbál! absorto viste
Cómo contra nosotros se agitaron
Varones y mujeres, y tú oíste
Cuántas injurias éstas abortaron.
« Haced vuestra elección, dicen los vanos;
Solamente tenéis dos condiciones:
O que opriman cadenas vuestras manos,
O agudas lanzas vuestros corazones. »
Les replicamos: « Estas, atrevidos,
Para vosotros en la lid rabiosa,
Y levantarse nunca los vencidos
Logren de su caída vergonzosa;
» Y ¡quién sabe si acaso nos espera
En la pugna la muerte destructora,
Si ha de ser nuestra vida duradera,
O cuándo de su fin será la hora!
» Y en pos todo su campo recorrimos
Con pié firme, sus filas deshaciendo,
Y rojo el suelo con la sangre vimos
Que iba la espada en derredor vertiendo.
» Ya veis nuestra elección bien pronunciada,
Gritamos, pues dejó el combate fiero,
En nuestra mano el pomo de la espada,
En vuestro corazon el duro acero. »

A UNA TRIBU ANTES AMIGA,
AL ROMPER UNA CON OTRA; POR AL FADHEL IBN
AL ABAS.

Amigos, poco á poco, ¿Adónde os guía
Vuestra loca pasión desenfadada?
No hagais que vuelva á ver la luz del día
La discordia, que estaba sepultada.
» ¿Cómo quereis, decidnos, que os honremos,
Oyendo de vosotros tanta injuria?
» ¿Cómo dejaros sin lesión podrémos,
Despues de maltratarnos con tal furia?
» Contened vuestro labio; no ensañados
Denosteis nuestra tribu esclarecida,
Y marchad, no con piés arrebatados,
Mas, cual antes, con orden y medida.
» En verdad, Dios lo sabe, no os amamos;
Que así pensamos todos de consumo;
Mas tampoco nosotros nos quejamos
De que no nos ameais de modo alguno.

(4) Este poema y el siguiente se han tomado ambos del *Hamasa*, y son un curioso ejemplo de la animosidad que prevalecía entre varias familias árabes, y del rencor con que, una vez roñadas, mutuamente se perseguían.

Que á cada cual su libertad el cielo
Para querer tú odiar ha concedido;
Y el hombre, en tanto que lo sufre el suelo,
Aborreciendo está y aborrecido.

SÁTIRA

SACADA DEL LIBRO DE LOS AMORES DE ANTAR
Y ABLA (1).

Abandona ya el amor
De las muchachuelas blandas,
Y á las vírgenes hermosas
Déjalas en paz, *Amara*;
Que no es tu mano la que
Al enemigo rechaza,
Ni eres tú fuerte jinete
El día de la batalla.
No desees con abinco
Poner los ojos en *Abla*,
Pues solamente verías
Del fiero leon las garras.

No quiere que se le acerquen
Las espadas aún intactas,
Ni, por más que metan ruido,
Las no conocidas lanzas;
Porque *Abla* es una gacela,
Que sólo el leon la caza;
Con ojuelos adornidos,
Pero ardientes como brasas.
Tú te entregas á tu amor
Con sobrada confianza,
Y clamores y querellas
Por todas partes derramas.
Deja, pues, de perseguirla;
Porque á no, tu vital planta
Con el vaso de la muerte
Será por *Antar* regada.
Firme siempre detras de ella,

Sin duda para agradarla,
Tus vestidos rozagantes
De armaduras sobrecargas;
Las muchachas, al mirarte,
Dan alegres risotadas,
Y en los valles y collados
Repite eco su algazara.
Por el día, por la noche,
A la tarde y la mañana,
Te has hecho fábula y mofa
De todos cuantos te tratan.
Con un manto hácia nosotras
Te acercas con grave marcha,
Y nosotras nos reímos,
Tonteando por tu causa.

Si otra vez vienes, acaso
Saldrá, derramando rabia,
El leon á quien los fuertes
Leones del valle acatan.
No quedando más de toda
Esa tu vana arrogancia
Que el desprecio que tú llevas,
Y el odio que en todos causas,
Abatido y humillado
Te verá *Abla* y las muchachas
Tan lindas como graciosas
Que continuo la acompañan.
Pues *Antar*, el gran guerrero,
Leon es cuando se enfada,
Y más que es la mar profunda
Tiene generosa el alma.
Nosotras asemejamos
Á flores tiernas y blancas.

(1) Así se explica Jones, en sus *Comentarios latinos sobre la poesía asiática*: « Solamente he visto el volumen XIV de este libro; nada hay de elocente y magnífico que me parezca faltar en él; y es á la verdad tan delicado en su estilo, tan vario, tan remontado, que no tengo reparo en contarle entre los poemas perfectísimos. El héroe ilustre que en él se alaba es el mismo *Antar*, que compuso el quinto de los poemas llamados *Moadlalat*, y *Abla* fué una hermosísima hija de un rey, á quien él amó con pasión. Esta admirable sátira dice que la cantó una esclava de *Abla*, en vituperio de *Amara*, que también la quería. »

Fragantes cual violetas,
Esplendentes como caitas (2).
Abla descuella entre todas,
Como del *Ban* la alta rama (3),
Que la alba luna corona
Y el sol matutino halaga.
Tú eres el más despreciable
De cuantos yeguas cabalgan,
Y, entre los mismos avaros,
De una codicia extremada.
Sin razon y con descaro
Quieres obtener sus gracias,
Siendo más vil que los perros (4)
Que en los muladares ladran.
Muérete, pues, de tristeza
Ó vive heno de infamia;
Que no hay ninguno que borre
Esta mi sátira amarga.

DE SUS AMIGOS,

Y DE LA CONFIANZA QUE DEBEN TENER EN ÉL,
POR MESKIN AL DARAMY.

De fieles compañeros rodeado,
Sus arcanos en mí hallan abrigo;
Pero á ninguno de ellos jamas digo
El secreto que el otro me ha fiado.
Siempre en mi corazon ha preparado
Un seguro lugar para un amigo;
Y nadie de él consigne ser testigo:
Tan oculto está á todos, tan cerrado.
Se alejaron de mí, se dividieron
Cada cual á terreno diferente;
Y, al partir, su pensar me transmitieron.
No tienen que temer seguramente;
Pues á guardar tan rica joya dieron
A un peñon que desmaya al más valiente.

DE LA JUVENTUD Y LA VEJEZ,
POR NABEGAT BEN JAID.

No hay bien en la juventud,
Si le falta aquel valor
Que conserva su esplendor
Con toda su plenitud;
Ni se encuentra en la vejez,
Si no tiene pecho fuerte,
Que arrostre la adversa suerte
Con generosa altivez.

GANTO DE MAYSUNA (5).

El grosero vestido,
Del color mismo que le dió natura,
Y sin arte tejido,
Me causa más dulzura
Que la veste con rica bordadura.

(2) *Caita*, planta de la familia de los ranunculos, que produce bellísimas flores. (Nota del Colector.)

(3) *Ban* es el árbol que los griegos y nosotros llamamos *Mirabolano*, y los latinos *Glanis unguentaria*.

(4) Más vil que los perros. Los mahometanos tienen en horror á los perros, pues los cuentan entre los animales inmundos, y así cualquiera que los toca tiene que purificarse.

(5) *Maysuna* era hija de la tribu de Calab, la cual, segun *Abulfeida*, era notable por la pureza de su dialecto y por el número de poesías que habia producido. Estuvo casada, cuando muy jóven, con el califa Moavia; pero esta eminente situación de ningún modo se avenia con la inclinacion de *Maysuna*, y en medio de la pompa y esplendor de la corte de Damasco suspiraba por los simples placeres de su desierto natal.

Esta pasión dió origen á las presentes sencillas estancias, que ella tenía gran placer en cantar cuando podía á solas entregarse libremente á la melancolla. Ella fué, de graciadamente, oída un día por Moavia, que, como era natural, se ofendió no poco con este descubrimiento de los afectos de su mujer, y en castigo de su falta, mandó que dejase la corte. *Maysuna* obedeció al instante, y llevándose consigo su hijo *Yezid*, se retiró al Yemen, y no volvió á Damasco hasta despues de la muerte de Moavia, cuando *Yezid* subió al trono.